

EDWARD T. KNACK'S

OCCULT

VS

el Reich Secreto

LA AMENAZA DE LOS BLUTKÖRPER
VOLUMEN I



Edward T. Knack

OCCULT vs. el Reich Secreto

Vol. I: La amenaza de los Blutkörper

Edward T. Knack



Copyright © 2015 ShotWords Transmedia S.L.

www.shotwords.com

info@shotwords.com

Texto y Adaptación: © 2015 Eduardo Martínez

Ilustraciones y Texto: © 2015 Jae Tanaka

Diseño: © 2015 Daniel Strömbeck

ISBN: 1511480300

ISBN-13: 978-1511480307

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

NOTA DEL EDITOR

La obra de Edward T. Knack vio la luz en las páginas de la revista británica *Fantasy Fiction Weekly* entre enero de 1953 y junio de 1955, apenas año y medio en el que se desgranaron las dos primeras partes de la serie: O.C.C.U.L.T. vs. el Reich Secreto y O.C.C.U.L.T. vs. la Maldición de la Luna Llena, quedando esta última inconclusa. Contó desde su primera entrega con un más que respetable éxito, aún más meritorio teniendo en cuenta que se comenzó a publicar cuando la narrativa Pulp empezaba a estar de capa caída, y además fuera de Estados Unidos, cuna del género y país donde más se consumía. Fue la repentina desaparición de la serie, que no de la revista, la cual siguió publicándose un par de años más, lo que elevó las aventuras de los agentes de O.C.C.U.L.T., su mitología y a su autor, al status de leyenda.

Los editores avisaron del cierre del serial con una escueta nota de prensa en la que no daban más detalle que la fecha en la que se publicaría la última entrega y se disculpaban ante los lectores de que el segundo arco

argumental quedase abierto. La presión de los aficionados fue tal que en el número de la revista correspondiente a la última semana de noviembre de 1955 se publicó un capítulo “apócrifo” destinado a cerrar O.C.C.U.L.T. vs. la Maldición de la Luna Llena, pero era de una calidad tan sumamente inferior al original, y resolvía la trama de una manera tan apresurada y torpe, que no consiguió más que encender aún más los ánimos de los fans, que llegaron a inundar la redacción de Fantasy Fiction Weekly con cartas al director, muchas de ellas conteniendo amenazas de muerte hacia los responsables. El descontento de los aficionados llegó a tal punto que el por aquel entonces editor Barnaby Babbidge convocó a los seguidores de O.C.C.U.L.T. vs. en unos salones cercanos a la sede social de la editorial para tratar de zanjar, de una vez por todas, el conflicto, el 23 de enero de 1956. En dicha reunión el señor Babbidge explicó a los airados lectores que únicamente se había comunicado con el señor Knack por carta, y en apenas dos o tres ocasiones durante el tiempo en el que se estuvieron publicando las aventuras de los agentes de O.C.C.U.L.T. Aseguró que los manuscritos les eran entregados en sus oficinas cada lunes a primera hora por un mensajero que no vestía uniforme ni mostraba identificación alguna, y que ese mismo mensajero recogía el cheque correspondiente a la entrega semanal. Afirmó haber intentado por todos los medios contactar con el autor, pero de manera infructuosa, y ofreció como disculpa grandes descuentos a quienes mantuviesen la suscripción a Fantasy Fiction Weekly a pesar de no contar con la serie de O.C.C.U.L.T. vs.

Meses más tarde, en mayo de 1956, y cuando los lectores ya parecía haber asumido que no leerían el final de su serial favorito, Fantasy Fiction Weekly abrió con un extenso editorial que reavivaba el caso, pues en ella el señor Babbidge afirmaba haber recibido carta de Edward T. Knack en marzo de ese mismo año. La demora en su publicación respondía a que había acudido a expertos de

Scotland Yard que habían certificado que aquella carta había salido de la misma máquina de escribir que los manuscritos del serial. En sus líneas, Edward T. Knack se explayaba, de un modo bastante grandilocuente, sobre la creación de su obra, para terminar afirmando que, en las entregas que habían visto la luz en las páginas de Fantasy Fiction Weekly, había datos suficientes para que un “lector cuya capacidad intelectual excediese la de una ameba” (cita textual) encontrase el paradero no ya de las páginas que cerraban O.C.C.U.L.T. Vs la Maldición de la Luna Llena, sino las correspondientes a cuatro volúmenes más. Ni que decir tiene que surgieron por todo el territorio británico grupos de ávidos aficionados que, ignorando el insulto implícito en la carta del autor, se reunían para hacer lecturas en grupo de la obra y montaban expediciones a los lugares que creían podían cobijar tan preciado tesoro, llegando incluso a viajar a Francia, a la abadía de Lagrasse, donde no consiguieron dar con más que ruinas y alguna que otra torcedura de tobillo. La búsqueda fue, pues, infructuosa, y poco a poco la fiebre se convirtió en calentura y acabó por disiparse y a principio de los años sesenta ya nadie conservaba el más mínimo interés en el serial.

Y es aquí donde, por absoluta casualidad, entra en juego, y de manera indirecta ShotWords, cuando uno de sus colaboradores, el ilustrador Jae Tanaka, compra en eBay un lote de cómics de la línea 2000 A.D. El vendedor parecía tener intención de deshacerse de la extensa colección personal de algún familiar, o de los bienes acumulados en el trastero de una vivienda de segunda mano, por lo que añadió al envío un buen número de extras entre los que se incluían algunas muestras de pornografía casposa de los setenta, unas cuantas revistas de jardinería, tres copias del primer número de Watchmen y lo verdaderamente importante: un par de fajos de páginas mecanografiadas que resultaron ser la obra completa de

Edward T. Knack.

¿Cómo llegó una leyenda del Pulp de los cincuenta a ser relleno en un lote de cómics en eBay? Esa es una pregunta más que quedará sin respuesta en este rocambolesco asunto. El caso es que una vez estuvo en manos de Eduardo Martínez, editor y autor de ShotWords, vio el potencial que tenía la obra en el actual momento de resurgimiento de la literatura Pulp y comenzó a investigar qué era exactamente aquel delirante compendio de novelas de nazis, vampiros, momias, zombis, hombres-mono, hechiceros y criaturas cabalísticas.

Puesto que la editorial de Fantasy Fiction Weekly desapareció a principios de los sesenta, es decir, hace más de 50 años, y Edward T. Knack es poco menos que un fantasma, ShotWords ha reclamado los derechos de edición de la obra que, tras un arduo trabajo de traducción, ofrece ahora con orgullo a sus lectores.

Bienvenidos al mundo de...

OCCULT vs.

Javier Almazán y Eduardo Martínez.
Madrid, abril de 2015.

PRÓLOGO

*CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE BERGEN-
BELSEN, BAJA SAJONIA. 14 DE ABRIL DE 1945*

El jeep que trasladaba al capitán Nigel Atkins avanzaba a toda velocidad por una destrozada carretera. A ambos lados de la misma, donde antaño hubo una hilera doble de árboles que convertirían la vía en un agradable paseo, permanecía detenida una larga columna de carros de combate Sherman y Cromwell de la 11ª Acorazada del Ejército de Su Majestad, salpicados de barro e impactos de bala. Una capa de nubes densa como una manta de lana daba al cielo el aspecto de haber sido alicatado con vientres de peces muertos y una llovizna lenta y fina, pero persistente, había convertido el firme en una pasta de lodo viscoso. Bajo la solapa del pesado abrigo, Atkins llevaba guardado el telex urgente del general de la división, George “Pip” Bradley, en el cual se le ordenaba trasladarse de inmediato hasta la localidad alemana de Bergen. Eso le había supuesto un viaje de más de 500 kilómetros en unas condiciones casi infernales desde Ámsterdam. Doce horas de penurias para llegar a lo que, según sus informes, era uno de los campos de trabajos forzados de los hunos.

Al aproximarse a un puesto de control, el chófer redujo la marcha. Frente a ellos media docena de soldados,

cubiertos con capotes encerados, formaban frente a una barrera a cuyos lados habían improvisado unas precarias tiendas donde refugiarse de la molesta lluvia. El control de documentos podría haber parecido un trabajo rutinario para cualquiera otro, pero no para él. Desde que fue reclutado para servir en el MI6 hacía ya una larga década, Atkins había desarrollado un infalible instinto para descubrir el estado de ánimo de la gente. Podía saber con un simple vistazo si alguien mentía o no, si se sentía incómodo, excitado o acobardado. Y si de algo estaba seguro era de que esos hombres que revisaban sus credenciales, bajo la imperturbable máscara de los veteranos de guerra, estaban mortalmente asustados.

El jeep reanudó la marcha durante unos pocos kilómetros más, labrando profundos surcos en el barro, hasta llegar a las puertas del enorme campo de concentración de Bergen-Belsen. El despliegue de tropas y carros de combate en torno al recinto no hizo sino aumentar la inquietud que se había despertado en el capitán. Frente a las enormes puertas del complejo, el general de división Bradley, ajeno a la lluvia que caía ahora con mayor fuerza, impartía órdenes a sus oficiales. Al ver llegar al capitán los despachó con un gesto de la mano y avanzó a largas zancadas hacia el vehículo.

—Capitán Atkins —saludó con sequedad.

Nigel se bajó del jeep y respondió al saludo del general, que prescindiendo de gestos militares le había tendido la mano. Al estudiar el joven rostro de Bradley, además de la determinación que le había llevado hasta tan alto con menos de cuarenta años, descubrió una inquietud cercana al miedo.

—Me andaré sin rodeos general, ¿qué ha ocurrido para que acuda al MI6 con tanta urgencia?

—Les he llamado para que contesten a esa pregunta. Haga el favor de seguirme.

Sin más preámbulos Bradley dio media vuelta y se encaminó hacia el interior del campo de concentración.

Los dos mandos franquearon las puertas del recinto y se encaminaron hacia un complejo de grandes barracones idénticos entre sí. Por la gastada madera con la que estaban contruidos y la mortecina luz que se filtraba entre las nubes grises, Nigel Atkins tuvo la sensación de estar introduciéndose en la escena de una película en blanco y negro. El aire parecía más pesado, e incluso se dio cuenta de que caminaba más despacio... Un sentimiento de tragedia impregnaba ese lugar.

La voz de Bradley le sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué sabe usted de Bergen-Belsen, capitán?

—Según nuestros informes, Stalag XI se construyó en 1936 para albergar a los trabajadores que tenían que construir los cuarteles para la fuerza motorizada de Bergen —comenzó a citar de memoria Atkins la documentación que había consultado antes de partir—. A partir del 39 se amplió para albergar prisioneros de guerra franceses y belgas. A partir de 1943 las SS se hicieron cargo del campo para recluir a prisioneros judíos traídos desde el Este. Ahí dentro debe de haber cerca de 9.000 reclusos y unos 300 miembros de las SS, incluido, si no se ha fugado, el comandante Josef Kramer.

—Excelente información la suya capitán —remató Bradley en un tono ligeramente burlón—. Ahora dígame una cosa, ¿no nota nada raro?

Atkins ralentizó el paso y dejó de prestar atención al general. Al mirar a su alrededor, llegando ya a los primeros barracones, notó de inmediato que, por encima del sentimiento de pesadumbre que le había causado el campo de trabajo, había algo fuera de lugar. Tan sólo tardó unos segundos en darse cuenta y se maldijo por no haberlo percibido antes. En un campo de esas dimensiones, con casi 10.000 almas, no podía reinar un silencio tan absoluto. Tenía que haber visto ya u oído a alguno de los miles de judíos allí encerrados. Y lo único que podía ver eran patrullas de soldados ingleses visiblemente nerviosos, montando guardia.

—¿Y los prisioneros?... ¿qué diablos ha ocurrido?

—Con franqueza Atkins, no tengo ni la más remota idea-. Bradley se había parado, y miraba fijamente al capitán del MI6, haciendo visera con la mano para cubrirse los ojos de la lluvia.

—Pero, ¿los han matado a todos? —preguntó espantado ante la simple idea de tamaña barbarie.

—De ser así habríamos descubierto los cuerpos y no habría tenido necesidad de llamarlo. Un problema menos, en definitiva. Pero, sencillamente, ni están, ni sabemos dónde diablos pueden estar. Ni uno vivo, ni un puñetero cuerpo. Nada, ni rastro de los judíos. Una fuga de esas dimensiones era totalmente imposible. Ni siquiera aunque las SS hubieran abandonado el campo dejando las puertas abiertas habrían podido irse del campo todos los prisioneros. Muchos de ellos serían, sin duda, ancianos, y se verían obligados a permanecer en los barracones. Era evidente que los alemanes habían burlado la vigilancia de los Aliados y se habían llevado a todos los prisioneros de allí. No había otra explicación posible. No obstante formuló la pregunta obvia al general.

—¿Y los soldados fritz?

—Compruébelo usted mismo.

Bradley reanudó la marcha, torciendo entre dos barracones. Unos metros más adelante, en medio de la avenida que conducía hacia el centro del campo, una manta verde cubría un cuerpo. Bajo la tela empapada podían verse sobresalir unas botas negras. Por la disposición del cadáver había caído mientras marchaba hacia la salida de Bergen-Belsen. Sin andarse con miramientos el general sujetó un extremo de la manta y, con un fuerte tirón, descubrió el cuerpo.

En lo que llevaban de guerra Nigel Atkins había visto todo tipo de cadáveres, pero ninguno como éste. Lo que había allí era la “carcasa” de un ser humano. Vestido con un uniforme de soldado de las SS había un cuerpo reseco, tan sólo piel y huesos. El gesto de horror en el cadavérico

rostro hizo que el capitán se estremeciese. Desde las cuencas hundidas y rodeadas de piel apergaminada le miraban dos bolas blancas, como de madera descolorida. La piel de la boca se había retraído hasta mostrar las encías. Con un gesto de asco y extrañeza Atkins tocó con la punta de la bota el cadáver. Fue sólo un roce, pero algo crujió en el cuello. La cabeza se ladeó y un par de dientes se desprendieron, cayendo al suelo embarrado.

—Dios Todopoderoso...— susurró Atkins.

—Como éste hay 298 más. De todos los rangos, y todos huyendo de... algo... —Bradley miraba a Atkins con el ceño fruncido—. Sígame capitán, todavía le queda una cosa por ver.

Atkins siguió los pasos del general casi hipnotizado. Giró la cabeza un par de veces para volver a mirar al soldado momificado. Era evidente que los nazis habían desarrollado algún nuevo tipo de arma y se les había escapado de las manos. Por más que daba vueltas al asunto no llegaba a otra conclusión. Pero eso no respondía a la incógnita que suponían los prisioneros desaparecidos. Unos metros más adelante la avenida entre los pabellones se abría en una gran plaza flanqueada de torres de vigilancia y altas vallas de alambre de espino, una de las cuales daba paso a la zona del campo donde vivían los oficiales y se acuartelaban las tropas. Si por un segundo Nigel creía haberlo visto todo, lo que vino a continuación le arrancó para siempre esa idea preconcebida.

Frente a él se desplegaba un espectáculo sacado de los más escondidos cajones de la mente de un perturbado: cerca de un centenar de cuerpos de soldados alemanes desplegados en un círculo perfecto, como una flor nacida de la muerte y el horror. Junto a las manos de los cadáveres, que presentaban el mismo aspecto marchito que había visto hacia apenas unos minutos, había charcos de metal fundido; únicos restos de los modernos fusiles MP44 que habían debido de emplear en su último intento por detener a la fuerza que acabó con sus vidas. Y justo en el

centro del enorme círculo, una figura encogida.

Nigel dio un par de pasos inseguros entre los cadáveres, e instintivamente se llevó la mano al Webley que llevaba en el cinto, pero no llegó a soltar el corchete de sujeción. Esa figura en el centro de tal orgía de muerte no era más que una niña desnuda, abrazada a sus propias rodillas. Era menuda, muy flaca, de cabello negrísimo. Nigel Atkins se acercó un par de pasos más. Pudo comprobar que era un poco más mayor de lo que había calculado al principio, tal vez tendría quince o dieciséis años. El pelo impedía verle la cara, sólo el atisbo de unos labios delgados y pálidos. Pero lo que innegablemente llamaba más la atención era que la piel de la joven aparecía cubierta de complejos tatuajes formados por letras del alfabeto hebreo. La fuerte lluvia que caía en ese momento al contacto con su piel se evaporaba con rapidez creando una ligera bruma en torno a su figura, como si el cuerpo estuviera a cientos de grados de temperatura. Incluso a la distancia de casi quince metros a la que se encontraba Atkins podía sentir a través del capote el calor que emanaba del pequeño cuerpo.

—Por el amor de Dios, ¿qué diablos es esto? ¿Esa niña?

Bradley levantó los hombros.

—Una prisionera del campo, sin duda. En su antebrazo izquierdo se pueden ver los números tatuados que la identifican como tal. No, no se acerque —le dijo al capitán, que había comenzado a caminar hacia la muchacha—, sigue estando demasiado caliente como para tocarla. Hace una hora era humanamente imposible estar donde ahora nos encontramos. A este ritmo, en cuestión de otras seis o siete horas, se habrá enfriado del todo.

—¿Sabemos quién es? —preguntó Nigel a medida que iba recuperando su habitual sangre fría.

Bradley meneó la cabeza lentamente en un gesto de negación.

Atkins abrió la boca como para decir algo, pero fue más un gesto de impotencia que otra cosa. Volvió la vista hacia la chica y después de respirar hondo se acercó a ella. Con cuidado de no resbalar, se acuclilló a su lado. Era como ponerse junto a un horno de leña. La grafía hebrea parecía estar trazada con tinta azul corriente, aunque las letras tenían un poco de volumen sobre la piel, como una ligera hinchazón alérgica.

Nigel ladeó la cabeza, para intentar ver su rostro oculto por el cabello. Los tatuajes llegaban hasta casi la parte interior de la barbilla, pero la cara estaba intacta. Nigel se cubrió los ojos de la lluvia y entornó lo párpados. No eran imaginaciones suyas: los labios de la chica se movían de manera casi imperceptible, como si susurrara para sí. Ignorando el intenso calor, el capitán Atkins acercó la cara a la boca de la chica, intentando aislar el desagradable chapoteo de la lluvia cayendo sobre el barro a su alrededor. La voz de la joven era apenas un aliento muerto pero estaba formando palabras... las mismas una y otra vez...

—pulsadenurapulsadenurapulsadenurapulsadenura...

Atkins se separó de ella, escuchando la letanía con atención. ¿Pulsa Denura? ¿Qué significaban esas dos palabras?

—Pulsa Denura... —articuló en voz alta, como si tal vez, al oírse a sí mismo decirlo, las palabras cobrasen significado.

Entonces, la voz de la chica se hizo un poco más audible, y Atkins vio cómo sus brazos tatuados se cerraban con más fuerza en torno a sus piernas. Miró a Bradley, que también había percibido el cambio en la chica y se aferraba a la culata de su revólver.

—Pulsa Denura... —Volvió a decir, mirándola—. ¿Qué significa Pul...?

—¡PULSA DENURA!

La voz de la muchacha pronunciando esas dos palabras se rompió en un grito terrible y Atkins cayó de

culo sobre el barro, como si las palabras le hubieran empujado con fuerza sobrehumana. Intentó retroceder, pero una de las manos tatuadas de la chica se aferró a su tobillo, casi quemándole. Levantó entonces la cabeza y Atkins pudo ver sus ojos, tan anti naturalmente azules que parecían blancos. Sus cejas se retorcián en un gesto de desesperación. Atkins tiró de la pierna, pero la fuerza de la joven era brutal. Vio por el rabillo del ojo cómo Bradley levantaba su pistola, pero le hizo un gesto con la mano para que se detuviese.

Sin parpadear, con la nívea mirada fija en los ojos del curtido capitán del MI6, la muchacha dijo unas últimas palabras y se desmayó sobre el barro.
Me llamo Anna. Por favor, ayúdeme...

Quince minutos más tarde, y recuperada la compostura, Nigel supervisaba el traslado en camilla de la muchacha aún inconsciente a la parte trasera de un camión. Estaba claro que, fuera lo que fuera esa niña, estaba mucho más allá de lo que pudiese hacer por ella en el campo de trabajo. Sin embargo, el MI6 estaba preparado para este tipo de contingencias. Se acercó a Bradley y, haciendo uso de su tono de voz más marcial, le dijo:

General, en nombre de Su Majestad el rey Jorge VI tomo el control de este campo y de todos sus hombres. Nadie debe de contar jamás lo que ha ocurrido en este lugar. Ya les comunicaremos cuál es la versión oficial. A partir de ahora nuestra única prioridad es enviar a esta niña a Londres en el más absoluto de los secretos.

Bradley se cuadró y se marchó para comunicar las órdenes a sus subalternos.

Nigel respiró hondo y lanzó una mirada a la caja del camión en la que ahora reposaba la joven.

—Los chicos de O.C.C.U.L.T. van a ganarse el sueldo...

CAPÍTULO 1

*VICTORIA EMBANKMENT, LONDRES. 22 DE
ABRIL DE 1945*

Sir Ian Gladstone, coronel del Servicio de Inteligencia Secreto de Su Majestad y condecorado con la Medalla del Rey Jorge, vestido de paisano con un elegante traje Príncipe de Gales, caminaba con paso ligero a lo largo de Victoria Embankment. Mientras a su espalda el popular Ben marcaba las cinco y media de la mañana de un frío y lluvioso domingo de abril, las patrulleras de la Royal Navy avanzaban sin descanso por un Támesis que bajaba especialmente crecido. A pesar de llevar ya seis años de guerra, en los que el concepto de descanso dominical había sido borrado de su vocabulario, no podía dejar de sentirse molesto por la llamada urgente que le había hecho salir a la calle tan temprano. Aparentemente la guerra estaba cercana a concluir en Europa, y estaba plenamente convencido de que se merecía por fin un domingo de libre de preocupaciones. Además de por la urgencia, lo que más le escamaba de la llamada, razón por la que se encontraba

especialmente despierto, era que no había sido citado en ninguna sede gubernamental de Whitehall, sino en el viejo embarcadero. Eso era, desde luego, algo fuera de lo común. No obstante caminar en soledad bajo la lluvia, en una ciudad que en ese momento parecía vacía, le hacía percibir con la frialdad y el temple que tanto le caracterizaban que el enfrentamiento armado había hecho una mella en su amada ciudad que tardaría tiempo en repararse: Londres parecía triste y cabizbaja.

Acompañado de tan profundas cavilaciones llegó hasta su destino, el viejo embarcadero de Westminster. Bajo la luz de una mortecina farola, en el extremo del muelle, le esperaba un oficial de la marina junto a una pequeña lancha. Ambas figuras aparecían desdibujadas y fantasmales por causa de la neblina que reptaba desde las tranquilas aguas del río. Sin mediar palabra, en cuanto Gladstone subió a bordo, el oficial soltó la amarra y tras encender el motor se lanzó a toda velocidad río abajo. Mientras se sujetaba el bombín, Ian contemplaba cómo la mortecina luz del amanecer iba perfilando la silueta de la ciudad. Sólo algunos tempraneros camiones de reparto rompían la sensación de ciudad muerta que daban las calles vacías.

Nada más pasar por debajo del puente de Waterloo la lancha comenzó a aminorar la marcha. Con habilidad, el piloto fue aproximando la embarcación hacia la ribera norte, donde se veían ya los centenarios árboles de Inner Temple Gardens. A tan sólo unos quince metros del muro del cauce del río la lancha se detuvo del todo con un petardeo ahogado del motor.

Pasados unos cuatro minutos de silencio, tan sólo interrumpido por el golpear del agua sobre el casco de la nave y el suave ronroneo del motor al ralentí, Ian consideró que era pertinente preguntar al timonel qué diablos estaban haciendo allí, en medio del río, mirando hacia una pared. Justo cuando se disponía a tocar el hombro del oficial un fuerte crujido proveniente de la

orilla le detuvo en seco. Frente a ellos la pared del cauce del río se abrió, descubriendo así una compuerta secreta que rápidamente se inundó con las negras aguas del Támesis.

—Por el fantasma de Cromwell...— musitó el casi siempre impávido Gladstone al tiempo que la lancha se ponía en marcha de nuevo y se metía en el oscuro canal que acababa de abrirse ante ellos.

Mientras a sus espaldas se cerraba de nuevo la pesada compuerta, el silencioso timonel accionó los potentes focos de la embarcación, iluminando así una larguísima galería abovedada. Navegando con mucho tiento avanzaron lo que Ian calculó como algo más de cien yardas, lo cual significaba que debían de encontrarse aproximadamente bajo Crown Office Row, lindando con Temple Gardens. Gracias a la luz de los focos Ian pudo observar que a lo largo de la pared del túnel corría un tendido eléctrico bastante rudimentario, poco más que un hilo de cobre del que pendían bombillas desiguales a intervalos irregulares. El agua estaba mansa y oscura, y de no haber sido por las suaves ondas que provocaba la quilla del bote, Ian hubiera jurado que patinaban sobre una superficie de obsidiana pulida. Al final del misterioso recorrido apareció ante sus ojos un pequeño lago artificial bajo una enorme bóveda de ladrillo cuyo punto más alto se perdía en las sombras, con un embarcadero iluminado por dos pequeñas y vetustas lámparas de gas aseguradas a unos postes de madera.

Cuando el bote entró en el recinto abovedado la oscuridad se llenó de los ecos ahogados del motor, que quedó en silencio cuando el timonel lo apagó y dejó que la embarcación se deslizase hasta el embarcadero. Allí les esperaba un hombrecillo vestido con un traje de tweed que parecía un par de tallas por encima de la suya y un par de décadas pasado de moda. En la cabeza, adornada por un rastrojo de cabello irlandés, dos ojillos negros como el carbón se parapetaban tras los gruesos cristales de unas

gafas de pasta. Sin embargo, a pesar de lo siniestro del lugar y del aspecto tan peculiar del hombre, su gesto irradiaba una simpatía que desentonaba con el siniestro lago subterráneo.

—Qué alegría poder conocerle en persona, coronel — le dijo el hombrecillo tendiéndole la mano con abrumadora efusividad al tiempo que le ayudaba a desembarcar, provocando así un embarazoso momento en el que Ian no supo si saludarle primero y aceptar su ayuda después, de modo que las manos de ambos titubearon en el aire en un torpe bailoteo-. Desde que me comunicaron que le trasladaban con nosotros no he podido pegar ojo, se lo aseguro.

—Disculpe que parezca brusco, pero debo hacerle una pregunta —Ian, que finalmente había optado por estrechar la mano del personaje y rechazar su ayuda amablemente, terminaba de auparse al embarcadero, apoyándose en uno de los postes que sostenían las lámparas-. En vista de que usted sabe quién soy, y que yo no comparto esa información ¿con quién tengo el placer?

—¡Oh!, perdone usted mis modales —los ojillos negros del hombre vestido de tweed saltaron detrás de los cristales de sus gafas con nerviosismo—. Cumberland, me llamo Reginald Cumberland, Regis, como usted prefiera, coronel, y le doy oficialmente la bienvenida a...esto...bueno, será mejor que se lo explique el general Menzies.

—¿Menzies? —Ian Gladstone frunció el ceño—. ¿Hablamos de “ese” Menzies? ¿El Gran Jefe?

—El mismo que viste y calza, señor. Ahora, si hace el favor de seguirme, le mostraré parte de nuestras instalaciones —Cumberland echó a andar por el entarimado del embarcadero—. Ciertamente, aunque a falta de modernizarse un poco, son un auténtico prodigio. La mejor muestra de la grandeza de la ingeniería victoriana. Sin ir más lejos, el canal secreto al Támesis data de la década de 1870. Y siete décadas después de su

construcción y cerca de tres sin emplearse, sigue en perfecto estado. Una joya, como le digo.

Mientras el señor Cumberland continuaba su explicación de las virtudes técnicas del centro subterráneo en el que se hallaban, fueron recorriendo pasillos iluminados por modernas lámparas fluorescentes, nada que ver con el precario alumbrado del túnel, que dedujo habría quedado en desuso hace años. Ian comprobó que estaba recorriendo un búnker de unas dimensiones que, en verdad, se le escapaban. Cada veinte o treinta yardas cruzaban pesadas puertas de acero, similares a las de los buques de guerra, que iba cerrando tras de sí con un sonido estruendoso el pequeño señor Cumberland, mientras parlotaba sobre la fecha de fabricación de tal plancha de metal o el origen de cual sistema hidráulico de cierre.

Cinco puertas después entraron en una amplia sala que para su sorpresa estaba decorada con un gusto exquisito. De no ser por la ausencia de ventanas Ian habría jurado que se encontraba en alguno de los salones de Buckingham. En medio del salón, junto a una mesa en la que destacaba una cafetera humeante que llenaba la estancia del agradable olor del café recién hecho, con una taza en la mano se encontraba de pie el general de división Sir Stewart Graham Menzies, a la sazón Jefe del MI6 y, por tanto, el superior de Gladstone.

—Buenos días coronel Gladstone.

—Señor —respondió realizando el saludo militar.

—Descanse coronel. Ahorrémonos los formalismos; llevo toda la noche sin pegar ojo y vengo directamente de hablar con el Primer Ministro y con Su Majestad del asunto por el que le he hecho venir. Siéntese y sírvase un café —le dijo Menzies mientras a su vez se sentaba en una de las sillas en torno a la mesa—. No me andaré por las ramas, ¿Qué sabe usted de O.C.C.U.L.T.?

El coronel Gladstone se tomó su tiempo en contestar. Tras dejar con parsimonia el bombín y la gabardina sobre

una de las sillas vacías, se sirvió una taza de café, con dos terrones de azúcar y una nube de leche, y se sentó frente a su superior. Menzies le miraba con las manos cruzadas sobre la mesa, esperando. Realmente parecía un hombre cansado: ojeras, ropa arrugada, gesto impaciente... Incluso su característico hoyuelo en la barbilla parecía un poco más hundido. Ian Gladstone sabía que no debía hacer esperar más a su superior, así que se lanzó a responder la descabellada pregunta que le había hecho:

—En esencia señor, lo que más o menos conocemos todos los agentes. O.C.C.U.L.T. es una pequeña sección meramente ornamental de la Firma. Algo así como una oficina responsable de investigar todo aquello que... ejem, disculpe usted el lenguaje señor; todo aquello que sólo un loco tomaría en serio.

Menzies apretó la mandíbula, y se pasó la mano por el ancho bigote. Un destello, una sonrisa tal vez, asomó en sus ojos:

—Bienvenido entonces al manicomio, coronel.

—¿Cómo dice señor? —preguntó Ian en un tono que se salía por completo de lo contemplado en la cadena de mando, pero que a su superior no pareció molestarle, tal vez por haberlo oído en otras ocasiones, o por haberlo usado él mismo si alguna vez se hubo encontrado en una situación similar.

—Que acaba de ser usted trasladado a O.C.C.U.L.T., coronel Gladstone.

—A riesgo de parecer de nuevo impertinente señor, debo formularle una pregunta... ¿se... se trata de una broma?

—Aquí mismo está la orden firmada por el Primer Ministro y Su Majestad —dijo el general Menzies tendiendo un despacho impreso que acababa de sacar del bolsillo interior de la chaqueta—. No ponga esa cara, diablos, que esto no es ningún tipo de castigo. Más bien todo lo contrario. Es usted uno de los mejores gestores de los que dispone el Servicio Secreto, y de ahora en adelante

no podemos permitirnos prescindir de un hombre de su talento.

Ian Gladstone se restregó la frente y apretó los párpados.

—Disculpe señor, pero no entiendo nada de nada.

El general Menzies dejó la taza de café sobre la mesa y se levantó. Tras abotonarse la chaqueta y tirar con energía de los bajos para alisar las arrugas hizo una seña al pequeño señor Cumberland. Éste se sirvió un poco más de café con movimientos rápidos de ardilla. Tras tomar un sorbo, el general Menzies carraspeó un par de veces y comenzó a hablar:

—Sé a ciencia cierta, coronel Gladstone, que tiene usted muy poca información respecto a O.C.C.U.L.T. En efecto, tal y como usted apunta, somos una pequeña sección del SIS. Aunque en verdad nacimos antes que la Firma. Para ser exactos los Oficiales de la Corona para la Contención de Amenazas Letales de origen Desconocido, O.C.C.U.L.T., nacimos como un brazo de Scotland Yard en 1851, durante la Gran Exposición de Londres. Durante los gloriosos años del reinado de Su Majestad la reina Victoria desarrollamos nuestra labor a lo largo y ancho de todo el Imperio enfrentándonos a amenazas que apenas puede usted imaginar: sanguinarios santones indios, sectas secretas de las más recónditas regiones de Manchuria, terroristas científicos de Austria-Hungría, ominosos médicos brujos norafricanos... ¡Y se hizo de manera tan exitosa que ninguna de tales amenazas ha salido jamás a la luz! —Menzies resopló y clavó los ojos en Gladstone—. Sepa, coronel, que el común de los mortales, a los que usted ha pertenecido hasta este mismo instante, vive en la falsa ilusión de un mundo dominado por la razón y la ciencia; y conviene que así sea. Parte del trabajo de O.C.C.U.L.T. es mantener esa ilusión, y lleva haciéndolo, como le he dicho, desde hace cien años. Es, en esencia, la segunda organización de este cariz más antigua del mundo.

—¿La segunda? —titubeó Ian.

Menzies sonrió por debajo del bigote.

—Sí, la primera fue la Inquisición española, pero esa es otra cuestión. El caso, le decía, es que llevamos casi un siglo de lucha constante contra las fuerzas que, en esta era científica que vivimos, hemos venido a llamar como paranormales.

El abrumador silencio que siguió a tal afirmación sólo fue interrumpido por una ridícula tosecilla nerviosa de Cumberland.

—Aceptando que todo esto que me está contando es cierto, —dijo Ian al fin— ¿qué diablos tiene que ver conmigo?

El general volvió a apretar los labios, en un gesto inequívoco de cansancio.

—Si hace el favor de seguir al señor Cumberland se lo explicaré con detalles— le contestó Menzies mientras tiraba de una pesada cortina de terciopelo rojo dejando así al descubierto otra puerta de acero igual a la que había cruzado para acceder a la sala.

Cumberland abrió la puerta y, tras ceder el paso al general, invitó al cada vez más perplejo Gladstone a imitar a su superior. Los tres hombres recorrieron un pasillo de unos diez metros hasta llegar a una sala cuadrada carente de toda decoración. Frente a ellos una reja abierta daba acceso a un gran montacargas que, al igual que la sala donde le habían recibido, estaba primorosamente decorado con un estilo victoriano, asemejándose así al ascensor de un hotel de lujo. Una vez dentro, el señor Cumberland cerró la reja y accionó una palanca de brillante latón. Con un crujido el montacargas comenzó a descender.

—Como bien sabe coronel —dijo Menzies tomando de nuevo el control de la conversación— los fritz parecen tener la guerra perdida. Los comunistas están corriendo hacia Berlín como una manada de lobos hambrientos, y nuestros chicos y los aliados yankees avanzan sin oposición por todo el sur de Alemania.

—Así es señor.

—Pues la guerra no está tan ganada como parece-. El tono de Menzies se endureció—. Estamos en posesión de cierta información que apenas conocen media docena de personas en el Reino Unido y que, si es tan cierta como creemos, puede darle la vuelta a la tortilla, coronel —el ascensor traqueteó súbitamente, como para dar mayor dramatismo a las palabras de Menzies, y Cumberland tironeó nervioso de la palanca de latón—. Los alemanes llevan años enviando tropas y recursos hacia algún punto de la Antártida, dentro de las posesiones que reclamaron como suyas en 1938 en las tierras que llamaron Nueva Suabia. Es más, tenemos la certeza de que el mismísimo Hitler está refugiado en el continente antártico junto con algunos de sus científicos y colaboradores más cercanos, como ese carnicero suyo, el doctor Mengele. Allí están desarrollando algún nuevo tipo de “tecnología” que convierte a sus hombres en, para que nos entendamos, supersoldados.

—¿Hitler, en una base secreta de la Antártida? Entonces, ¿quién está encerrado en Berlín?

—Uno de sus tres, ¡tres dobles! —intervino súbitamente Cumberland, levantando el dedo índice de la mano izquierda para reforzar su afirmación—. Probablemente Ferdinand Beisel, un hombre con un parecido físico extraordinario con Hitler y al que ya ha sustituido en varios actos públicos. Al parecer, el pobre desgraciado hizo una imitación del Führer en una cervecería local, con la mala suerte de que su numerito fue presenciado por unos agentes de la Gestapo que... —Cumberland se dio cuenta de que ni Menzies ni Gladstone necesitaban tantos datos en ese momento y cerró el pico tan rápido como lo había abierto.

Ian, a pesar de la más absoluta incredulidad que le dominaba, era consciente de que los dos hombres que le acompañaban creían ciegamente en toda esa sarta de insensateces que le estaban contando. Y puesto que toda la vida había sido un hombre pragmático, decidió seguirles el

juego. No era cuestión de jugarse el puesto y el esfuerzo de tantos años de servicio del MI6 por un “quítame allá esas pajas”. Aunque esas pajas fueran bases secretas en la Antártida, dobles de Hitler y un ejército de supersoldados nazis.

—Entiendo señor— dijo con calma Gladstone.

—No entiende usted una mierda, coronel —le contestó Menzies con una media sonrisa mientras el montacargas, después de lo que había parecido una eternidad, se detenía con un fuerte chasquido—. Ahora sí que lo va a entender. Y, lo que es más importante...— remató clavando la mirada en los escépticos ojos de Gladstone— va a creer.

Deshaciéndose en nerviosas disculpas, el pequeño señor Cumberland pasó entre los dos hombres y abrió la reja del ascensor. Después levantó un portón de metal, dejando así a la vista una nave de dimensiones colosales. Una vez más Gladstone tuvo problemas para aceptar que eso que estaba viendo era cierto. Que bajo el mismo corazón de Inglaterra existiera un complejo subterráneo tan colosal desde hacía casi un siglo y que se mantuviera tan en secreto le era casi inconcebible. ¿Casi? ¡Totalmente inconcebible! Pero allí estaba: Filas y filas de altas estanterías metálicas sobre las que descansaban centenares, miles de cajas, recipientes, envoltorios, objetos cubiertos por telas enceradas, cada uno con su correspondientemente etiqueta, decenas de escritorios atestados de papeles, carpetas y archivadores tan gruesos como ladrillos... todo pulcramente limpio, ordenado y catalogado según un complejo y eficiente sistema alfanumérico, a juzgar por las etiquetas que quedaban a la vista. Y al fondo muchas más puertas y una galería a media altura festoneada de ventanales. En definitiva, era el espacio creado para el trabajo de todo un ejército de funcionarios y agentes. Menzies retomó la palabra mientras cruzaba con paso firme la inmensa nave hacia las puertas del fondo.

—Como puede comprobar, coronel, nuestras instalaciones son completamente seguras, y se mantienen en un perfecto estado de funcionamiento. Bueno, los baños a veces fallan; ente nosotros, es lo que tiene estar bajo el nivel del Támesis. Y no es menos cierto que en este momento tan sólo somos seis los miembros de O.C.C.U.L.T. en activo. Pero estamos preparados para volver a ser muchos más —añadió con optimismo, abarcando lo que le rodeaba con sus brazos flacuchos—. Todo esto que ve a su alrededor son la pruebas recogidas a lo largo y ancho de todo el Imperio, durante la investigación de amenazas provenientes de la actividad paranormal -hizo una pausa, para dejar que Ian mirase a su alrededor-. Alguno de esos objetos son muy peligrosos, por lo que le rogaría que antes de que se familiarice con su nuevo puesto no se ponga a hurgar sin previamente consultarnos a la señorita Agnes Sawyer o a mí. Antes de llevarle a su nuevo despacho, y de indicarle cuáles son las entradas y salidas secretas del complejo, permita que le muestre el depósito de cadáveres y nuestra magnífica sala de autopsias —Gladstone dio un respingo que pareció resultarle extremadamente divertido a Menzies, que cruzó una mirada de complicidad con el pequeño señor Cumberland—. Creo que los inquilinos actuales le van a sorprender mucho.

Tras decir eso, el general dejó que Cumberland le guiara a través de una de las puertas del fondo de la nave hacia un pequeño recibidor en el que se abrían dos puertas batientes en las cuales se podía leer en grandes letras blancas la palabra MORGUE, y cuya parte superior estaba formada por unos enormes cristales traslúcidos. Reginald empujó una de las puertas, e invitó a Ian a entrar.

El interior de la morgue estaba totalmente a oscuras, pero la luz que entraba desde el pasillo permitía adivinar varias filas de nichos empotrados en las paredes y algunas mesas de autopsia en el centro de la sala, así como algunas siluetas más bajas que corresponderían con toda seguridad

a escritorios y cajones de instrumental quirúrgico. Olía a hospital, una mezcla de desinfectante y productos de limpieza que no podía esconder del todo el olor de la enfermedad y la muerte. Ian era un militar curtido, pero no pudo evitar sentirse un poco amedrentado.

Con su habitual tosecilla nerviosa, Cumberland entró en la morgue y manipuló unos interruptores junto a la puerta. Con una serie de potentes chasquidos, los fluorescentes de la sala se fueron encendiendo hasta llegar al final de ésta. Ian observó la sala, que coincidía con las conjeturas que había hecho al entrar, pero incluía algunos elementos desconcertantes que no había percibido por causa de la oscuridad: encima de cinco de las ocho mesas de autopsias descansaban los cuerpos desnudos de hombres de gran talla y corpulencia. Sin duda eran alemanes, titanes rubios y pálidos, verdaderos especímenes de la supuesta pureza de sangre aria tan cacareada por el Fürher y sus acólitos. Los pechos de los cadáveres estaban remendados con costurones en forma de “Y” y junto a ellos grandes tarros de formol contenían sus órganos internos, extraídos completos y, al igual que el resto de material que había visto en el almacén, dotados de sus etiquetas perfectamente cumplimentadas.

Sin embargo, no fue eso lo que arrebató el aliento a Gladstone. Frente a él, en el mismo centro de la sala de autopsias, había una suerte de tubo de ensayo gigantesco, de al menos dos metros y medio de altura, que reposaba sobre una base metálica anclada al suelo y de la que salían varios tubos y cables que conectaban con una máquina adosada al cilindro de cristal. Varias luces parpadeaban en lo que parecía ser un panel de control. Ian se acercó despacio y se sacó del bolsillo de la chaqueta unos anteojos con montura de metal. Se ajustó las patillas flexibles detrás de las orejas y empujó el puente contra la nariz. Quien le conociese sabía que ese gesto sólo podía significar que estaba verdaderamente interesado e intrigado por lo que tenía delante.

Y lo que tenía delante era un hombre encadenado de pies y manos que flotaba dentro del viscoso líquido amarillento que llenaba el cilindro de cristal. Al igual que los cadáveres de las mesas de autopsia, era un gigante de casi dos metros de estatura, musculoso y de rasgos inequívocamente teutones. Tenía los brazos asaeteados por vías que conectaban con los tubos que había visto salir del panel de control, y una cánula de mayor tamaño que se hundía en el lado izquierdo de su amplio pecho.

—¡Por todos los santos! —dijo mirando a Cumberland—. ¿Por qué está aquí encerrado este hombre? Cumberland dibujó un sonrisilla divertida, pero que dejaba traslucir miedo también.

—¿Hombre? No se confunda, coronel. “Esto” —dijo señalando al ser que flotaba en el cilindro de cristal—, no es un hombre...

Se acercó al panel de control y trasteó con las llaves y botones. Empezó a escucharse un zumbido eléctrico y un grupo de grandes burbujas subió desde el fondo del cilindro, tan despacio como si se abriesen paso por un tarro de miel. El cuerpo se estremeció ligeramente, para luego experimentar una fuerte sacudida que hizo que Ian diese un respingo.

—No tema coronel —le dijo Cumberland—, no puede hacerle daño. Ya no...

Ian decidió confiar en Reginald y se acercó un poco más al cilindro de cristal. Los fuertes dedos del ario habían empezado a abrirse y cerrarse, y los músculos de sus brazos y piernas se tensaban forcejeando con las cadenas que lo retenían. Ian se acercó aún más al cristal, ajustándose las patillas de las gafas. Entonces el ario pegó la cara, convertida de una máscara de rabia, al interior del cilindro de cristal y abrió los ojos y la boca, unos ojos rojos como los fuegos del infierno y una boca llena de afilados dientes. Las mandíbulas se proyectaron hacia delante, como las de un tiburón, mostrando aún más los terribles dientes en forma de garra.

Ian retrocedió conteniendo un grito y chocó con Menzies, que se había situado detrás de él.

—Santo Dios, general ¿Qué diablos es esa cosa?

Menzies lanzó una lúgubre mirada al ser, que lanzaba furiosas dentelladas dentro del tubo de cristal.

—Esa cosa, Gladstone, es uno de los nuevos soldados de las SS que están “fabricando” en la Antártida. Para que usted lo entienda coronel; eso es un ejemplar vivo de una criatura que puebla los relatos de terror desde hace siglos—los ojos de Menzies se convirtieron en dos rendijas—. Esa bestia inhumana que le mira con odio tras el cristal es un... ¡vampiro!

